

Gerald Durrell

Mi familia y otros animales

Prólogo de Lawrence Durrell



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *My Family and Other Animals*
Traducción de: María Luisa Balseiro

Primera edición: 1975
Tercera edición: 2010
Séptima reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Foto del autor: © Gettyimages

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gerald Durrell 1956
© de la traducción: María Luisa Balseiro
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1975, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7415-5
Depósito legal: B. 36.114-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prólogo, por Lawrence Durrell
- 15 Discurso para la defensa
- Primera parte
- 21 La migración
- 27 1. La isla insospechada
- 41 2. La villa color fresa
- 55 3. El Hombre de las Cetonias
- 73 4. Media fanega de sabiduría
- 89 5. Un tesoro de arañas
- 107 6. La dulce primavera
- 125 Conversación
- Segunda parte
- 133 7. La villa color narciso
- 151 8. Los cerros de las tortugas
- 171 9. El mundo en un muro
- 189 10. Un festival de luciérnagas
- 209 11. El archipiélago encantado
- 229 12. El invierno de las chochas
- 255 Conversación

	Tercera parte
265	13. La villa blanca
285	14. Las flores parlantes
305	15. Los Bosques de Ciclamen
327	16. El lago de los lirios
349	17. Los Campos de Ajedrez
371	18. Un número de animales
399	El regreso
405	Glosario de algunos nombres de animales citados en el texto
409	Nota final

A mi madre

Es una melancolía mía propia, compuesta de muchos elementos, extraída de muchos objetos, mera y diversa contemplación de mis viajes, que, al rumiarla a menudo, me envuelve en una tristeza muy humorística.

Shakespeare,
Como gustéis, Acto IV

Prólogo

La heroína de este libro, la madre del autor, ha muerto a finales del mes de enero de este año. Ya no está, pues, entre nosotros para testimoniar de la gracia y la fidelidad con que está trazado su retrato en estas páginas. Ellas, en cambio, permanecen. Un vasto público de Inglaterra y América las lleva en el corazón: jóvenes y no tan jóvenes aprecian por igual sus felices ocurrencias, su vigor narrativo y su poesía.

El autor ha logrado el prodigio de reencarnarse en el naturalista de doce años que era entonces, describiendo con humor tan chispeante como cáustico los disparates y las peripecias de la familia DURRELL durante sus años de estancia en la más encantadora de las islas: Corfú.

Pero si nuestra madre desempeña en el relato el papel de honor, es a mí a quien ha correspondido el más detestable: mi desprecio hacia la ciencia y la irritación con que acojo todos los esfuerzos del joven genio constituyen el

lado sombrío del cuadro. ¿Era yo así de desagradable a los veinte años? Probablemente sí. (Era la época en que escribía *The Black Book*.) Pero ¡con cuánta habilidad ha sabido el autor reconstruir la polaridad de sus sentimientos en aquella tierna edad suya! Podemos afirmar que ha enriquecido la literatura con el más raro presente: un libro verdaderamente cómico.

Una observación nos queda por hacer sobre la poesía de esta obra: su descripción de la isla de Corfú tal como era en aquella época es un modelo de agudeza en la observación y fidelidad en la composición. Para quien conozca Grecia, lo más notable es que el autor (a los doce años) la haya visto como realmente es, no a través de la bruma de su pasado arqueológico. La Grecia antigua no existe para él: por eso el decorado que evoca tiene tanta lozanía.

Nos promete para más adelante una segunda parte que pondría al descubierto, bajo un prisma todavía más burión, la estupidez y futilidad de la existencia de los adultos, comparada con esa vida más rica y plena que es posible vivir junto a la culebra, el ciempiés y la pulga. Si es capaz de lograr otra obra maestra de humor, alegría y poesía, todos habremos ganado con ello.

Lawrence Durrell

Discurso para la defensa

*Algunas veces he creído hasta seis cosas
imposibles antes del desayuno.*

La Reina blanca,
Alicia a través del espejo

Ésta es la historia de cinco años que mi familia y yo pasamos en la isla griega de Corfú. En principio estaba destinada a ser una descripción levemente nostálgica de la historia natural de la isla, pero al introducir a mi familia en las primeras páginas del libro cometí un grave error. Una vez sobre el papel, procedieron de inmediato a tomar posesión de los restantes capítulos, invitando además a sus amigos. Sólo a través de enormes dificultades, y ejercitando considerable astucia, logré reservar aquí y allí alguna página que poder dedicar exclusivamente a los animales.

En el texto que sigue he intentado dibujar un retrato de mi familia preciso y ajustado a la realidad; aparecen tal como yo los veía. Para explicar, empero, algunos de sus rasgos más curiosos, debo señalar que cuando fuimos a Corfú todos éramos aún bastante jóvenes: Larry, el hermano mayor, tenía veintitrés años; Leslie, diecinueve;

Margo, dieciocho; y yo, el benjamín, me hallaba en la tierna e impresionable edad de los diez años. De la de mi madre no hemos estado nunca muy seguros, por la sencilla razón de que no recuerda su fecha de nacimiento; todo lo que sé decir es que era lo bastante mayor como para tener cuatro hijos. Mi madre también insiste en que explique que es viuda, porque, según su sagaz observación, nunca se sabe lo que puede pensar la gente.

La tarea de condensar cinco años de incidentes, observaciones y grato vivir en algo un poco menos voluminoso que la Enciclopedia Británica me ha obligado a comprimir, podar e injertar, de modo que apenas subsiste algo de la continuidad original de los hechos, y a renunciar también a la descripción de muchos sucesos y personajes.

Dudo que este libro hubiera sido posible sin la colaboración y el entusiasmo de las siguientes personas, cosa que menciono para que no caigan las culpas sobre parte inocente. Mi sincero agradecimiento, pues, para:

El doctor Teodoro Stefanides. Con su habitual generosidad, me ha facilitado material procedente de su obra inédita sobre Corfú, y me ha proporcionado bastantes chistes horribles, algunos de los cuales he empleado.

Mi familia. Ellos, al fin y al cabo, me surtieron involuntariamente de mucha materia y me ayudaron considerablemente durante la redacción del libro, discutiendo con ferocidad y raras veces coincidiendo acerca de cualquier suceso que les consultara.

Mi esposa, cuyas sonoras carcajadas al leer el manuscrito tanto me halagaron, aunque después confesase que lo que le hacía gracia era mi ortografía.

Sophie, mi secretaria, responsable de la inserción de comas y de la implacable supresión del infinitivo partido.

Quiero rendir un tributo especial a mi madre, a quien va dedicado este libro. Como un Noé cariñoso, entusiasta y comprensivo, ha guiado hábilmente su navío lleno de extraña prole por los tempestuosos mares de la vida, siempre enfrentada a la posibilidad de un motín, siempre sorteando los peligrosos escollos del despilfarro y la falta de fondos, sin esperar nunca que la tripulación aprobase su manera de navegar, pero segura de cargar con toda la culpa en caso de contrariedades. Que sobreviviese al viaje fue un milagro, pero logró sobrevivir, y lo que es aún mejor, con la cabeza más o menos indemne. Como señala con razón mi hermano Larry, podemos estar orgullosos de cómo la hemos educado; ello nos honra. Que ha alcanzado ese feliz nirvana en donde ya nada escandaliza ni sorprende lo demuestra el siguiente hecho: hace poco, estando sola en casa durante un fin de semana, se vio agraciada con la llegada súbita de una serie de jaulones portadores de dos pelícanos, un ibis escarlata, un buitre y ocho monos. Otro mortal de menor talla habría desfallecido ante el panorama, pero Mamá no. El lunes por la mañana la encontré en el garaje perseguida por un iracundo pelícano al que intentaba dar sardinas de una lata.

—Cuánto me alegro de verte, hijo —jadeó—; este pelícano tuyo es *un poquito* difícil de manejar.

Al preguntarle cómo *sabía* que los animales me pertenecían, replicó:

—Claro que supe que eran tuyos, hijo; ¿a qué otra persona se le ocurriría enviarme pelícanos?

Donde se ve lo bien que conoce al menos a un miembro de la familia.

Finalmente, quisiera dejar bien sentado que todas las anécdotas sobre la isla y los isleños son absolutamente verídicas. Vivir en Corfú era como vivir en medio de la más desafortunada y disparatada ópera cómica. Creo que toda la atmósfera y el encanto del lugar quedaban pulcramente resumidos en un mapa del Almirantazgo que teníamos, donde aparecían con gran detalle la isla y las costas adyacentes. Al pie había un recuadrillo que decía:

«AVISO: Dado que las boyas que señalan los bajíos suelen estar fuera de su sitio, se aconseja a los marinos que estén bien atentos al navegar por estas costas».

Primera parte

*Hay un cierto placer
en la locura, que sólo el loco conoce.*

Dryden, *El fraile español*, II, i

La migración

Julio se había extinguido como una vela ante el viento cortante que nos trajo un plomizo cielo de agosto. Caía una llovizna fina e hiriente, reunida en mantas grises y opacas cuando el viento soplaba a su favor. A lo largo de la playa de Bournemouth, las casetas volvían su vacío rostro de madera hacia el mar gris verdoso, ceñido de espumas, que corría a estrellarse contra el bastión de cemento de la orilla. Las gaviotas, empujadas tierra adentro hacia la población, sobrevolaban los tejados con alas tensas, gimiendo agriamente. El estado del tiempo parecía calculado para poner a prueba la paciencia de cualquiera.

Vista en conjunto, aquella tarde mi familia no ofrecía un aspecto demasiado atractivo, pues el clima reinante había traído consigo la habitual serie de males a que éramos propensos. A mí, tirado en el suelo mientras etiquetaba mi colección de conchas, me había provisto de un

catarro que parecía haberme fraguado en el cráneo, obligándome a respirar estertóreamente por la boca abierta. Para mi hermano Leslie, arrebuñado con expresión ceñuda junto al fuego, llegó una inflamación interna de oídos, que le sangraban lenta pero persistentemente. A mi hermana Margo le había deparado un surtido fresco de acné sobre su rostro ya de antes moteado como un velo de puntitos rojos. Para mi madre hubo un opulento y burbujeante resfriado, sazonado con una pizca de reuma. Sólo mi hermano mayor Larry se mantenía ileso, pero suficientemente irritado a la vista de nuestros alifafes.

Fue Larry, por supuesto, quien empezó la cosa. Los demás estábamos demasiado desmadejados para pensar en algo que no fueran nuestros males respectivos, pero a Larry la Providencia le había destinado a pasar por la vida como un pequeño cohete rubio, haciendo explotar ideas en las mentes ajenas para después enroscarse con untuosidad gatuna y negar toda responsabilidad de las consecuencias. A medida que avanzaba la tarde, su irritación iba en aumento. Al fin, paseando en derredor una mirada melancólica, decidió atacar a Mamá, como causante manifiesta del problema.

—¿Por qué aguantamos este maldito clima? —preguntó de improviso, señalando a la ventana distorsionada por la lluvia—. ¡Contemplad! O, si vamos a eso, contemplaos mutuamente... Margo, inflada como un plato de *porridge* encarnado... Leslie, penando por el mundo con treinta metros de algodón en cada oreja... Gerry suena como si tuviera el paladar hendido de nacimiento... Y, anda que tú: cada día que pasa pareces más decrepita y torturada.

Mamá le miró por encima de un tomazo titulado *Recetas fáciles de Rajputana*.

—Pues no lo estoy —dijo indignada.

—Lo *estás* —insistió Larry—; estás echando pinta de lavandera irlandesa... y tu familia parece una serie de ilustraciones de enciclopedia médica.

A Mamá no se le ocurrió ninguna réplica aplastante, así que se contentó con lanzarle una mirada furibunda antes de replegarse de nuevo tras su libro.

—Lo que nos hace falta es sol —continuó Larry—; ¿no estás de acuerdo, Les?... Les... ¡Les!

Leslie se desenredó una maraña de algodón de la oreja.

—¿Qué decías? —preguntó.

—¡Ahí tienes! —dijo Larry, volviéndose triunfalmente a Mamá—, mantener una conversación con él es como poner una pica en Flandes. ¡Esto es un numerito! Un hermano que no oye nada, y al otro no hay quien le entienda. Realmente, ya es hora de hacer algo. No puede uno escribir prosa inmortal en una atmósfera de lamentaciones y eucalipto.

—Sí, querido —dijo Mamá distraídamente.

—Lo que todos necesitamos —dijo Larry, reanudando sus pasos— es sol, un lugar donde poder *crecer*.

—Sí, querido, eso estaría bien —asintió Mamá, en realidad sin escucharle.

—Esta mañana tuve carta de George... dice que Corfú es maravilloso... ¿Por qué no hacemos las maletas y nos vamos a Grecia?

—Bueno, querido; si tú quieres —dijo Mamá desprevenida.

En lo tocante a Larry solía tener buen cuidado de no dejarse comprometer.

–¿Cuándo? –preguntó Larry, algo sorprendido ante la concesión.

Mamá, advirtiéndole haber cometido un error táctico, bajó cautamente las *Recetas fáciles de Rajputana*.

–Pues creo que lo más sensato sería que tú fueras por delante, querido, a preparar el terreno. Después nos escribes, y si me dices que aquello está bien, nos vamos todos –dijo astutamente.

Larry la miró con desmayo.

–*Eso mismo* dijiste cuando propuse ir a España –le recordó–, y dos meses interminables me pasé sentado en Sevilla esperando que aparecieseis, mientras vosotros no hacíais más que escribirme kilométricas cartas sobre el alcantarillado y el agua de beber, como si yo fuera el secretario del Ayuntamiento o algo así. No; si vamos a Grecia, iremos todos a la vez.

–*Exageras*, Larry –dijo Mamá en tono ofendido–; de cualquier forma, yo no me puedo ir así como así. Hay cosas que hacer en esta casa.

–¿Cosas? ¿Qué cosas, diablos? Véndela.

–Pero hijo, no puedo –dijo Mamá, escandalizada.

–¿Por qué no?

–Porque acabo de comprarla.

–Mejor: así la vendes a estrenar.

–No seas ridículo, querido –dijo Mamá con firmeza–; eso ni pensarlo. Sería una locura.

De modo que vendimos la casa y huimos del triste verano inglés, como una bandada de golondrinas migratorias.

Todos viajamos ligeros, cargados sólo con lo que considerábamos mínimos ingredientes de la vida. Al abrir el

equipaje para la inspección de aduana, el contenido de nuestras maletas revelaba fielmente el carácter e intereses de cada uno. Así, el equipaje de Margo contenía una multitud de vestimentas diáfnas, tres libros sobre adelgazamiento y un ejército de frasquitos con diversos elixires garantizados para curar el acné. La maleta de Leslie encerraba un par de jerseys de cuello vuelto y unos pantalones arrollados alrededor de dos revólveres, una pistola de aire comprimido, un libro titulado *Sea su propio armero* y un botellón de aceite que se salía. Larry iba acompañado de dos baúles de libros y una cartera que contenía su ropa. El equipaje de Mamá se dividía sensatamente en ropa por un lado y diversos volúmenes de cocina y jardinería por otro. Yo viajaba sólo con aquellos artículos que juzgaba necesarios para aliviar el tedio de un largo viaje: cuatro libros de historia natural, un cazamariposas, un perro y un tarro de mermelada lleno de orugas, todas ellas en inminente peligro de volverse crisálidas. Así, plenamente equipados según nuestros criterios, abandonamos las viscosas costas de Inglaterra.

Francia anegada en lluvias y tristonía, Suiza como un pastel de Navidad, Italia exuberante, olorosa y vocinglería, quedaron atrás, reducidas a un confuso recuerdo. Con un estremecimiento, el barquito se separó del tacón italiano hacia el mar crepuscular, y, mientras dormíamos en nuestros sofocantes camarotes, en algún punto de aquella extensión de agua plateada por la luna cruzamos una invisible línea divisoria para entrar en el mundo luminoso y encantador de Grecia. Lentamente filtróse en nosotros la sensación del cambio, y así, al amanecer despertamos inquietos y salimos a cubierta.